



Clinton

JAVIER NEIRA

EN EE UU el Legislativo acaba de amanecer republicano. De forma aplastante. Durante el mandato del presidente Bush, republicano, la mayoría parlamentaria era demócrata y ahora que el presidente, que Clinton, es demócrata, la mayoría es republicana. Eso es madurez democrática, sabiduría popular.

Desde las coordinadas españolas y en general europeas no se entiende este proceso de los yanquis. Aquí el primer ministro debe contar con mayoría parlamentaria o de lo contrario no puede gobernar. El Ejecutivo sale directamente del Legislativo. No es que Montesquieu haya muerto, es que no ha llegado a nacer siquiera.

Aquí las cúpulas de los partidos —no más de siete u ocho personas— hacen las famosas listas. El poder puro de los partidos es el que elige el Legislativo: los votantes apenas se limitan a refrendarlo. Y el Ejecutivo, aunque sale formalmente del Legislativo, también es resultado directo del sanedrín. En resumen, que no hay separación de poderes, por lo que hablar de democracia es poco más que una metáfora.

Esta cuestión ya ha sido abordada por activa y por pasiva por Antonio García Trevijano, que logra ser publicista sobre su condición de tratadista del Estado. Cómo serán de contundentes sus argumentos que el pasado verano montaron la famosa conjura que consiste en decir que hay una conjura republicana.

En los inicios de la transición, cuando se abordaban las primeras elecciones libres, salía por televisión una simpática joven que al tiempo que introducía una papeleta en una urna afirmaba que eso era la democracia. Ciertamente es una condición sine qua nom pero es también el grado cero del asunto. Democracia es pluralidad —no hay que profundizar en la democracia, ¡qué horror!, sino pluralizar los centros de poder— pero ha calado más lo de la simpleza de la papeleta. No hay que desanimarse: los americanos nos llevan 200 años de entrenamiento.